

vier, que apoyó el mensaje de la mayoría con su voto, «voto de esperanza», según él dijo, declarando que «no lamentaría haber empleado todas las fuerzas de su voluntad en concluir una alianza duradera entre la democracia y la libertad, por manos de un poder fuerte y nacional». Realmente, entre la tenaz oposición de los que querían derribar el imperio y la persistente docilidad de los que no reconocían la necesidad de mejorarlo, había espacio para una oposición constitucional, que se fué formando insensiblemente con personas como Buffet, Chevandier de Valdrome, Martel, marqués de Gramont, Pichon, Brame, Legris y otros. Unos eran antiguos parlamentarios ó imperialistas, disgustados por los abusos y errores de la política imperial; otros, ambiciosos, para quienes el personal gubernamental del dos de Diciembre había gozado bastante tiempo del poder y era justo que fuese sustituido por un personal nuevo. Jefe del nuevo partido fué Ollivier, que no tardó en ponerse en relaciones con el Emperador y la Emperatriz, quienes alimentaron con deferencias su entusiasmo de neófito. Muerto Morny, se constituyó en protector suyo el conde Walewski, menos por amistad ó liberalismo que por aversión á Rouher, cuyo favor y omnipotencia le tenían frito. No bien se sospechó que Ollivier era bien quisto en altas regiones, reuniéronse á su alrededor hasta cuarenta y cinco diputados, que, bajo su inspiración, aprovecharon la discusión del mensaje de mil ochocientos sesenta y seis para formular, en célebre enmienda, el programa del tercer partido. «Francia, decían en este escrito, firmemente adicta á la dinastía que asegura el orden, no lo es menos á la libertad, que considera como necesaria para el cumplimiento de sus destinos. Por esto el Cuerpo legislativo cree interpretar el sentimiento público, llevando á los pies del trono el voto de que Vuestra Majestad dé al gran acto de mil ochocientos sesenta su natural desenvolvimiento». Era esta enmienda demasiado atrevida para que la mayoría pudiese aceptarla. El ministro de Estado contestó que traspasar los límites puestos por el Emperador á la libertad, valía tanto como lanzarse á aventuras revolucionarias. La enmienda, sin embargo, obtuvo sesenta y tres sufragios, que unos días después, con motivo de otra enmienda acerca de la libertad de la prensa, se elevaron á sesenta y cinco. Tan de prisa iba creciendo el nuevo partido.

Asustado de los progresos que la idea de libertad iba haciendo en el Cuerpo legislativo, Rouher no perdonó medio de hacer partícipe de sus temores al Emperador. Secundado por todos los que se habían señalado demasiado en servir al imperio autoritario para poder figurar bajo otro régimen, manifestóle que, acceder á las pretensiones del tercer partido era abrir la puerta no ya al parlamentarismo, sino á la misma república. En su sentir, urgía poner coto á las fantasías de revisión constitucional, que se abrían camino por todas partes. La prudencia aconsejaba suprimir el derecho de contestar al discurso del trono en mensaje, que había quebrantado al imperio poniendo en discusión las leyes fundamentales de mil ochocientos cincuenta y dos, y en cualquier caso, no había

que perder tiempo en levantar un nuevo muro alrededor de la Constitución. Convencido el soberano de la verdad del razonamiento, dejó al gobierno responder á la enmienda de los cuarenta y cinco con un proyecto de senado-consulta, elevado á ley el catorce de Junio de mil ochocientos sesenta y seis, por el que se reservaba exclusivamente al Senado la facultad de discutir las reformas de la Constitución, prohibiéndose al Cuerpo legislativo y á la prensa cualquier debate de esta especie, bajo pena de multa, que podría elevarse hasta diez mil francos. Las proposiciones de modificación constitucional presentadas en el Senado no podrían leerse en sesión pública sino después de haber sido autorizadas por tres Comisiones, á lo menos, ni consignarse más que en el acto oficial. Mas esta victoria de los autoritarios había de durar poco tiempo. La estrella de Napoleón iba eclipsándose por momentos en lo exterior, y no tenía más remedio que ceder dentro á las exigencias de la opinión liberal.

Vimos ya cuán cara pagó el Emperador de los franceses la imprudencia de haber favorecido la alianza de Italia con Prusia. Después de haber asistido impotente y burlado al triunfo de Bismarck sobre Austria y a la enfeudación de Alemania al gabinete de Berlín, vió rechazada su petición de compensaciones territoriales con una altivez casi insultante. Envejecido y enfermo, al extremo de creerse, en Julio de mil ochocientos sesenta y seis, próximo su fin, no se decidió á recurrir á las armas. Tampoco podía. La expedición á Méjico, emprendida hacia cinco años, había consumido lo mejor de sus tropas, agotado sus arsenales y desmoralizado su ejército. Menos mal si hubiese logrado su objeto, pero, á pesar de las seguridades del ministro de Estado, nadie ignoraba que, por intimación de los Estados Unidos, se había dado orden de reembarco á las tropas. Amarga fué la desilusión de Maximiliano, que sentía hundirse el suelo á su alrededor. «He sido engañado, exclamó el desgraciado príncipe: había entre Napoleón y yo convenio formal, sin él que no hubiese aceptado el trono, de garantirme el auxilio de las tropas francesas hasta fin de mil ochocientos sesenta y ocho.» Quiso firmar la abdicación: su mujer, la emperatriz Carlota, le arrancó la pluma de las manos, y partió para Europa, á intentar un postrer esfuerzo. Nada consiguió. A sus ruegos, á sus lágrimas, Napoleón III permaneció mudo; desesperada, le intimó cumplir el compromiso de honor que había contraído con su marido. «He hecho por su marido de usted, habló al fin la esfinge, todo lo que podía hacer; no iré más allá.» Carlota salió impetuosamente, gritando: «Tengo lo que me merezco; la nieta de Luis Felipe no debió fiarse nunca de un Bonaparte.» Así, después de tantas vidas sacrificadas y tantos millones gastados, aquella insensata empresa terminaba por una retirada vergonzosa. Y á todo esto, el gobierno tenía la desfachatez de declarar que no veía nada de alarmante en los últimos sucesos de Alemania; que Francia no estaba decadente, ni abatida, ni amenazada, siendo así que, pocos días después, no solamente repatriaba á toda prisa, con el ejército de Méjico, el cuerpo de

ocupación de Roma, sino que redactaba un proyecto de ley duplicando los sacrificios del contribuyente para la necesidad de la defensa.

No había salvación para el imperio. El velo empezaba á rasgarse, y una tras otra aparecían á los ojos del público las enormes faltas cometidas por el gobierno del dos de Diciembre. La victoria, al alejarse del Emperador, le arrebató la popularidad. La población rural, por ignorancia y por inercia, seguía siéndole fiel; mas la clase obrera cada día se le manifestaba más hostil. En París y en las grandes ciudades de provincias, la Asociación internacional de trabajadores levantaba la bandera del socialismo revolucionario, y caminaba francamente hacia la república. El clero y su clientela mostrábase dispuestos á combatir al tirano, antes que á servirle. La burguesía, alentada por la decadencia, tornábase maldiciente, mordaz, royendo los huesos, de palabra ó por escrito, al Emperador y á su corte. Del seno de la juventud ilustrada había surgido un partido republicano, pronto á la acción y que, por su radicalismo, dejaba muy atrás á la izquierda democrática del Cuerpo legislativo. Gambetta era ya el ídolo del cuartel latino; Rochefort preludiva la *Linterna* con los *Franceses de la decadencia*; Tridon publicaba un libro en honor de Hebert; los *Castigos*, de Víctor Hugo, circulaban y se leían en todas partes; los *Propósitos de Labienus* corrían de mano en mano, á pesar de la policía; pequeños periódicos, titulados literarios, que la administración perseguía implacablemente, pero que no morían sin haber hecho ruido, se mostraban tan agresivos é irrespetuosos con el imperio como con la iglesia; los estudiantes, en fin, se distinguían por su exaltación en los congresos internacionales, que empezaban á menudear, y donde se quemaba incienso á la idea republicana antes que al libre pensamiento. Roto y maltrecho así en Europa como en América, Napoleón III, que tantas veces había apartado á la opinión de la vida interna para llevarla á la exterior, ideó obrar en sentido inverso, esperando deorientar á la opinión con medidas que se pregonarían como grandes reformas liberales. ¡Cuánto se engañaba! Ofreció á Emilio Ollivier el ministerio de Instrucción pública y la función de orador del gobierno; mas el jefe del tercer partido prefirió provisionalmente el papel de consejero íntimo al de representante oficial de la política imperial. Entonces Napoleón se decidió á enviar á Rouher, el diez y nueve de Enero de mil ochocientos sesenta y siete, un decreto, acompañado de una carta, en que anunciaba solemnemente haber sonado la hora de dar á las instituciones del imperio todo su desarrollo y á las libertades públicas mayor extensión. ¡Menguadas reformas para anuncio tan pomposo! Si se otorgaba á los diputados el derecho de interpelación, suprimíase el de responder al discurso del trono mediante mensaje, y el ejercicio del nuevo derecho se coartaba en términos de exigirse que la petición de interpelación llevase la firma de cinco individuos, á lo menos, y fuese aceptada por dos comisiones de cinco, en el Senado, y por cuatro de nueve, en el Cuerpo legislativo. Si se autorizaba á todos los mi-

nistros á discutir en ambas Cámaras por delegación del Emperador, no rezaba esto para nada con la responsabilidad ministerial, según explicaba en la carta el autor del decreto, diciendo que los ministros seguirían dependiendo exclusivamente del jefe del Estado, que no podrían ser individuos del Cuerpo legislativo ni tener entre sí vínculo alguno de solidaridad, y que serían en las Cámaras meros expositores de su pensamiento. La misma carta anunciaba dos proyectos de ley, consistente el uno en emancipar á los periódicos de la tiranía administrativa, sometiéndolos á la jurisdicción de los tribunales correccionales, y el otro en restablecer el derecho de reunión pública, pero entendido de manera que las reuniones de carácter político ó religioso pudiesen ser prohibidas por la administración, y las otras disueltas á discreción de la policía.

Por aquel principio de «á régimen nuevo ministros nuevos», todo el mundo esperaba que, publicados el decreto y la carta de diez y nueve de Enero, Rouher hubiese abandonado el ministerio. Nada de eso: lejos de salir del gobierno, Rouher se internó más en él, siendo nombrado, sin dejar la cartera de Estado, ministro de Hacienda, y á los pocos días se presentó en el Cuerpo legislativo, para jactarse, con su habitual frescura, de haber contribuído con todas sus fuerzas á las nuevas reformas liberales, siendo coreado por el numeroso grupo de diputados absolutistas, del círculo de la calle de la Arcada, que se había formado bajo sus auspicios. Pero más estupendo que esto fué aún el que Ollivier, en vez de romper lanzas con Rouher, le felicitase por las palabras «nobles, liberales y leales» que acababa de pronunciar. Walewski, protector de Ollivier, hubo de saltar de la presidencia del Cuerpo legislativo. Asustado el Senado del nuevo poder que acababa de adquirir la Cámara elegida, solicitó el honor de participar del ejercicio del poder legislativo, deseo que satisfizo el gobierno haciendo votar el senado-consulta de doce de Marzo, que le confería el derecho, no sólo de juzgar las leyes en cuanto á su constitucionalidad, sino de examinarlas y devolverlas al palacio de Borbón. Los proyectos de ley sobre la prensa y reuniones públicas quedaron indefinidamente aplazados. La discusión más interesante de esta legislatura versó sobre la política exterior. Thiers la combatió con brillo extraordinario en extenso discurso, bosquejando la historia entera de la política francesa desde el siglo décimo-sexto, oponiendo la teoría del equilibrio europeo, tradicional en Francia, á la teoría de las nacionalidades, que había extraviado al gobierno imperial y comprometido gravemente á la nación, para concluir que era menester oponerse á que se completase la unificación de Alemania. «La verdadera política, dijo, consiste, admitiendo lo hecho, en declarar alto que no se consentirá que se vaya más lejos...; consiste, no en reobrar contra los sucesos, sino en detenerlos, suspenderlos, paralizarlos á lo menos». Después de haber enumerado todos los errores del gobierno imperial, lanzó esta palabra aplastante: «No queda una sola falta que cometer». En vano replicó Rouher «que no se había cometido una sola falta»: la mayoría, á pesar de aplaudir esta afirma-

ocupación de Roma, sino que redactaba un proyecto de ley duplicando los sacrificios del contribuyente para la necesidad de la defensa.

No había salvación para el imperio. El velo empezaba á rasgarse, y una tras otra aparecían á los ojos del público las enormes faltas cometidas por el gobierno del dos de Diciembre. La victoria, al alejarse del Emperador, le arrebató la popularidad. La población rural, por ignorancia y por inercia, seguía siéndole fiel; mas la clase obrera cada día se le manifestaba más hostil. En París y en las grandes ciudades de provincias, la Asociación internacional de trabajadores levantaba la bandera del socialismo revolucionario, y caminaba francamente hacia la república. El clero y su clientela mostrábase dispuestos á combatir al tirano, antes que á servirle. La burguesía, alentada por la decadencia, tornábase maldiciente, mordaz, royendo los huesos, de palabra ó por escrito, al Emperador y á su corte. Del seno de la juventud ilustrada había surgido un partido republicano, pronto á la acción y que, por su radicalismo, dejaba muy atrás á la izquierda democrática del Cuerpo legislativo. Gambetta era ya el ídolo del cuartel latino; Rochefort preluaba la *Linterna* con los *Franceses de la decadencia*; Tridon publicaba un libro en honor de Hebert; los *Castigos*, de Víctor Hugo, circulaban y se leían en todas partes; los *Propósitos de Labienus* corrían de mano en mano, á pesar de la policía; pequeños periódicos, titulados literarios, que la administración perseguía implacablemente, pero que no morían sin haber hecho ruido, se mostraban tan agresivos é irrespetuosos con el imperio como con la iglesia; los estudiantes, en fin, se distinguían por su exaltación en los congresos internacionales, que empezaban á menudear, y donde se quemaba incienso á la idea republicana antes que al libre pensamiento. Roto y maltrecho así en Europa como en América, Napoleón III, que tantas veces había apartado á la opinión de la vida interna para llevarla á la exterior, ideó obrar en sentido inverso, esperando deorientar á la opinión con medidas que se pregonarían como grandes reformas liberales. ¡Cuánto se engañaba! Ofreció á Emilio Ollivier el ministerio de Instrucción pública y la función de orador del gobierno; mas el jefe del tercer partido prefirió provisionalmente el papel de consejero íntimo al de representante oficial de la política imperial. Entonces Napoleón se decidió á enviar á Rouher, el diez y nueve de Enero de mil ochocientos sesenta y siete, un decreto, acompañado de una carta, en que anunciaba solemnemente haber sonado la hora de dar á las instituciones del imperio todo su desarrollo y á las libertades públicas mayor extensión. ¡Menguadas reformas para anuncio tan pomposo! Si se otorgaba á los diputados el derecho de interpelación, suprimíase el de responder al discurso del trono mediante mensaje, y el ejercicio del nuevo derecho se coartaba en términos de exigirse que la petición de interpelación llevase la firma de cinco individuos, á lo menos, y fuese aceptada por dos comisiones de cinco, en el Senado, y por cuatro de nueve, en el Cuerpo legislativo. Si se autorizaba á todos los mi-

nistros á discutir en ambas Cámaras por delegación del Emperador, no rezaba esto para nada con la responsabilidad ministerial, según explicaba en la carta el autor del decreto, diciendo que los ministros seguirían dependiendo exclusivamente del jefe del Estado, que no podrían ser individuos del Cuerpo legislativo ni tener entre sí vínculo alguno de solidaridad, y que serían en las Cámaras meros expositores de su pensamiento. La misma carta anunciaba dos proyectos de ley, consistente el uno en emancipar á los periódicos de la tiranía administrativa, sometiéndolos á la jurisdicción de los tribunales correccionales, y el otro en restablecer el derecho de reunión pública, pero entendido de manera que las reuniones de carácter político ó religioso pudiesen ser prohibidas por la administración, y las otras disueltas á discreción de la policía.

Por aquel principio de «á régimen nuevo ministros nuevos», todo el mundo esperaba que, publicados el decreto y la carta de diez y nueve de Enero, Rouher hubiese abandonado el ministerio. Nada de eso: lejos de salir del gobierno, Rouher se internó más en él, siendo nombrado, sin dejar la cartera de Estado, ministro de Hacienda, y á los pocos días se presentó en el Cuerpo legislativo, para jactarse, con su habitual frescura, de haber contribuído con todas sus fuerzas á las nuevas reformas liberales, siendo coreado por el numeroso grupo de diputados absolutistas, del círculo de la calle de la Arcada, que se había formado bajo sus auspicios. Pero más estupendo que esto fué aún el que Ollivier, en vez de romper lanzas con Rouher, le felicitase por las palabras «nobles, liberales y leales» que acababa de pronunciar. Walewski, protector de Ollivier, hubo de saltar de la presidencia del Cuerpo legislativo. Asustado el Senado del nuevo poder que acababa de adquirir la Cámara elegida, solicitó el honor de participar del ejercicio del poder legislativo, deseo que satisfizo el gobierno haciendo votar el senado-consulta de doce de Marzo, que le confería el derecho, no sólo de juzgar las leyes en cuanto á su constitucionalidad, sino de examinarlas y devolverlas al palacio de Borbón. Los proyectos de ley sobre la prensa y reuniones públicas quedaron indefinidamente aplazados. La discusión más interesante de esta legislatura versó sobre la política exterior. Thiers la combatió con brillo extraordinario en extenso discurso, bosquejando la historia entera de la política francesa desde el siglo décimo-sexto, oponiendo la teoría del equilibrio europeo, tradicional en Francia, á la teoría de las nacionalidades, que había extraviado al gobierno imperial y comprometido gravemente á la nación, para concluir que era menester oponerse á que se completase la unificación de Alemania. «La verdadera política, dijo, consiste, admitiendo lo hecho, en declarar alto que no se consentirá que se vaya más lejos...; consiste, no en reobrar contra los sucesos, sino en detenerlos, suspenderlos, paralizarlos á lo menos». Después de haber enumerado todos los errores del gobierno imperial, lanzó esta palabra aplastante: «No queda una sola falta que cometer». En vano replicó Rouher «que no se había cometido una sola falta»: la mayoría, á pesar de aplaudir esta afirma-